

EDITORIAL

OPTIMISMO

SOBRENATURAL

Es difícil adoptar una posición realista ante el cúmulo de datos contradictorios que sobre los problemas de la Iglesia se nos ofrecen constantemente.

“La situación de la Iglesia hoy es de una gravedad extrema... tal que difícilmente podría ser dominada con simples decretos oficiales que exijan obediencia; en muchos lugares se reirían de tales decretos en vez de retirarse al menos, como los jansenistas, a un silencio respetuoso”, dice el conocido escritor Urs von Balthasar en su reciente y famoso libro titulado “Cordula”.

Expresiones parecidas podríamos hallar en Maritain, Gilson, Monar, Del Noce o von Hildebrand, los cuales alzan también su voz frente a un “sistema” de antropomorfismo radical, fundamentalmente ateo que nos está invadiendo.

Hace poco concluyó el “Año de la Fe”, dedicado por Pablo VI a pedir a Dios este don inapreciable, con ocasión del aniversario de los martirios de San Pedro y San Pablo.

Con ello busca el Papa que el pueblo fiel se persuada de lo serio de la situación actual.

Es cierto que Dios, que nunca ha abandonado a su Iglesia y que tiene empeñada su palabra de defenderla de las asechanzas de sus enemigos, tampoco dejará de asistirle en la hora actual. Pero no debemos engañarnos con un falso optimismo.

Porque si el magisterio pontificio se manifiesta como una profundidad y lucidez extraordinaria en sus declaraciones en defensa de la fe, y si existen ejemplos maravillosos de cómo se robustece esta en muchos corazones

cristianos, no es menos verdad que la fe se ve atacada en sus mismos fundamentos.

Las audacias doctrinales de antaño, sobre este o aquel punto concreto, nos hacen hoy sonreír frente a escritos que atacan los mismos fundamentos de la Religión, si hemos de dar a esta palabra su sentido obvio y tradicional.

Los temas disputados otras veces en nuestras escuelas teológicas se nos presentan hoy minimizados, reducidos a polvo impalpable, en un mundo en acelerada secularización y que se preocupa tan sólo de los problemas sociales de alcance mundial, como la guerra, el hambre y la miseria, y buscan su solución a espaldas de todo principio sobrenatural.

No hemos, por ello de descorazonarnos, pero tampoco hay motivo para dormirse en un ciego optimismo.

Recordemos aquella tremenda afirmación de Pablo VI en su alocución del 14 de Enero pasado, refiriéndose a las dificultades que tienen repercusión en el mismo interior de la Iglesia: “El estallido de problemas son a veces tan radicales que, si no encuentran pronta y firme respuesta, pueden arrasar todo el edificio doctrinal, moral e incluso eclesial del cristianismo”. Y sigamos pidiendo.

Apoyados en aquellas palabras del Maestro “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”, y no en nuestras fuerzas, ni en argumentos meramente humanos, insistamos en pedir el don de la fe, aquella fe sobrenatural que se nos enseñó a repetir cuando éramos niños: “Creo en Dios, creo en Jesucristo su Hijo, creo en la Santa Iglesia Católica”.